



# Opinión

JULIO LIGORRÍA / CONSULTOR Y ESTRATEGA INTERNACIONAL

## Soberanía y globalización

**La fuerte acción diplomática** en unos casos, o la omisión tan siquiera de algún comentario en otros, pone en tela de duda la legitimidad de la presión internacional en cuanto a ignorar el concepto de soberanía desde la óptica global.

No solo es un problema de concepción, como astutamente vociferan el señor Hugo Chávez desde Caracas y su corifeo de aduladores. Es simplemente que el derecho a opinar, amenazar o intervenir en una nación extranjera solo se valida si las condiciones están realmente fuera de control y el ejercicio va acompañado de una fuerte dosis de ética y formalidad en los análisis, planteamientos y propuestas para solucionar situaciones extremas.

Cuando algo de esto no se ajusta rigurosamente a la buena intención, al respeto a las leyes locales y a la uniformidad del criterio, surge la duda más que razonable sobre los motivos que unos y otros tienen para opinar y amenazar a los Estados que intentan resolver sus conflictos internos. ¿Acaso es que solo la soberanía de los países pequeños y pobres puede ser vapuleada desde el orden global y deben estos obedecer al orden internacional, que cada vez luce menos eficaz y paupérrimo en materia de honestidad en sus acciones?

Baso este análisis en la forma en que la comunidad internacional ha intervenido en problemas políticos internos ya en esta época del presidente Barack Obama, en Honduras, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua.

Dos visiones, dos soluciones, dos criterios y mil argumentaciones. Pregunto entonces: ¿qué justificación moral tienen los globalizados para aparecer con exigencias en unos lados y permisos en otros, cuando de cuestionar la soberanía ajena se trata? Sin jugar al adivino, me pregunto, ¿qué hubiera ocurrido si los fenómenos sociales actuales se hubieran dado en la época del presidente George W. Bush?

La firmeza de la diplomacia norteamericana tampoco hubiera provocado intervenciones en ninguno de los países que hoy están en crisis. Si Bush no intervino en el caso de Venezuela cuando para muchos pareció oportuno, tampoco Obama lo haría ahora, pero la firmeza y la contrastante complacencia con

que uno y otro gestionan, no hubiera complicado el escenario latinoamericano como ahora sí ocurre, por la febril actuación del hombre de Caracas.

El desborde del intervencionismo chavista hace daño a la credibilidad de la diplomacia. Se habla de los espectros políticos que nuestros pueblos vivieron durante las épocas de cruentas presiones, pero se les invoca como un *wannabe* —o una proyección del “quiero que así sea”, sin medir el tamaño, dirección ni intensidad de las falacias empleadas para justificar posición.

Aludiendo a la máxima bíblica, se juzga la paja en el ojo ajeno y se desestima la viga en el propio. Venezuela se da el lujo de señalar abusos contra la prensa y la organización político-sindical en Honduras, mientras reprime sin medida en su territorio; igualmente, reclama transparencia en las elecciones y acusa el politiquismo en Honduras, sin verse en el espejo de la historia.

Qué decir de la caricaturesca y burda maniobra de Ortega en Nicaragua, donde más grotesco y cínico no puede ser el intento de por violar la Constitución —sí, también la ley— para prolongar el mandato del líder del sandinismo. Si los hechos ocurren en el contexto de la chavista iniciativa ALBA, el criterio es sumamente contradictorio y miope; pero si afecta a sus aliados, aparecen los letrados y otros personajes que están sepultando la diplomacia con un sesgo e irreflexiva participación.

La soberanía de los pueblos latinoamericanos no puede reducirse en un escenario globalizado con doble estándar moral como el que ahora enfrentamos. No se puede ser permisivo con los aliados de Caracas, y rudos y amenazantes con los chiquitos que no se dejan avasallar.

Eso es inmoral e históricamente incorrecto. Aún es tiempo de enmendar el camino y corregir esta aberración que demuestra que quien abusa de la diplomacia, prostituye el prestigio de la comunidad internacional y daña a los pueblos en sus luchas contra el abuso de los políticos. ■